

¿Por qué es crucial la China rural?

Rafael Poch-de-Feliu

Protagonismo campesino en la historia china del siglo XX

En China, y en las civilizaciones orientales antiguas en general, la agricultura intensiva de irrigación fue tradicionalmente el principal modo de subsistencia. Era un modo de producción que reposaba sobre pequeños agrupamientos sociales (familia, aldea, clan) que formaban las unidades de base de la sociedad. El desarrollo histórico de esas comunidades fue muy diferente del de las sociedades occidentales, basadas en la cosecha anual, la caza y el pastoreo, en las que el individuo era la unidad social de base. En Asia, ya en épocas muy tempranas, la agricultura de irrigación creó comunidades autosuficientes basadas en grupos y no en individuos. La superior productividad de la agricultura intensiva de irrigación asiática, permitió una gran densidad demográfica, otro rasgo esencial de la realidad china. De esa estructura interna del mundo rural chino con su sustrato comunitario, su explotación intensiva con enorme derroche de ingenio, su gran población y consiguiente escasez de tierra (condiciones absolutamente desconocidas en Europa), se desprendió un sistema particular de tenencia en el que se distinguía entre derecho de propiedad de la tierra y su explotación. Por un lado, el aumento de la población reducía la superficie de tierra disponible por habitante e impedía la apropiación de tierras por una minoría. Por el otro, las tarifas de arrendamiento eran tan caras que solo unos cuantos campesinos ricos podían permitírsela. Este sistema, mantuvo los equilibrios entre distribución de recursos y mano de obra, y con ello, “garantizó durante siglos la estabilidad de la estructura social de la China antigua” (Wen Tiejun).

En el siglo XX el campesinado fue un actor muy importante en la historia china.

En la primera mitad del siglo, China tenía una población de 500 millones, rural en un 90% y específicamente campesina en un 80%. El hogar familiar, era la institución económica central, organizando en común la propiedad y el presupuesto, y con estricta división del trabajo y relaciones de cooperación. Cada hogar estaba vinculado a otro en una amplia cadena de parentescos y ancestros, y practicaba la cooperación compartiendo con gran frecuencia tierras, trabajo o capital. Existía también otra cooperación

de mayor nivel, entre pueblos, para afrontar problemas de irrigación o prevención de inundaciones, cuya resolución quedaba fuera de las posibilidades físicas –y trascendía a los intereses– de una sola comunidad.

En la primera mitad del siglo, la situación general de los campesinos chinos empeoró claramente. La inmensa mayoría explotaba parcelas demasiado pequeñas para alimentar a una familia, por lo que la mitad de los campesinos trabajan otras tierras entregando parte de la cosecha al propietario en régimen de aparcería. Había también un 10% de jornaleros, portadores y vagabundos, cuyo número no aumentaba porque eran las primeras víctimas de las hambrunas que se sucedían anualmente en una u otra provincia, y, con cierta frecuencia, a mayor escala; 1920-1922, 1928, 1931, 1943-1944. Después de 1920, la crisis agraria generalizó las escenas de miseria rural, con grandes emigraciones de una provincia a otra, hambrunas, ejércitos de mendigos hacia las ciudades, venta de niños y mujeres, endeudamiento con venta forzada de tierras, y un aumento de la dependencia de las importaciones de grano –entre 1921 y 1941– en una escala nunca vista en la historia china. En ese periodo, la condición campesina se deterioró de forma cruda. La sequía de 1918 mató a medio millón. En 1925 la cifra de parados se estimaba en 168 millones, la mitad de ellos rurales. La ocupación japonesa y la guerra civil, con permanentes requisas, levas de jóvenes, saqueos y violaciones, aun empeoró más la situación. Ese fue el medio ambiente de la revolución china. Sin embargo, como en la Rusia de principios de siglo, no fueron los campesinos los que “hicieron” la revolución de 1949, sino los comunistas.

Como explica Lucien Bianco, “sin los comunistas, los campesinos nunca habrían concebido la idea de una revolución”. Al mismo tiempo, sin los campesinos y contra ellos, los comunistas nunca habrían podido imponerse en el país, vencer en la guerra civil y expulsar a los invasores japoneses.

Bianco retrata al campesino chino en vísperas de la revolución como un sector con poca “consciencia de clase”, que no cuestiona el *status quo*. Especialmente en el sur de China, el grueso de los conflictos ni siquiera son “de clase”, sino “horizontales”, los llamados “Xiedu”, las peleas entre clanes, comunidades rurales o pueblos enteros, a menudo con aspecto de pequeñas guerras civiles locales, disputándose la posesión o utilización de recursos limitados. La protesta “social” es local, puntual y reactiva. No hay vínculo con otros campesinos más alejados y sometidos al mismo problema –y aun menos capacidad de movilizarse por la causa “nacional” de defender el país, a la que solo aportan un apoyo indirecto–. Los campesinos son capaces de reaccionar con fuerza a una situación injusta o sin salida, pero no suelen tomar la iniciativa. Se levantan solo cuando la situación se ha deteriorado, y, en ese caso, su levantamiento suele adquirir formas explosivas (como el “bunt” ruso descrito por Pushkin como “cruel y despiadado”) que evocan tiempos ya olvidados en Europa. A veces las grandes revueltas atacan la ciudad vecina, casi siempre con saqueo e incendio de edificios administrativos, pero no se cuestionan los impuestos en general, sino las novedades; la introducción de un nuevo impuesto concreto o su incremento. “Los campesinos”, dice Bianco, “anhelan paz y estabilidad, no revolución, y aun menos ser ellos los protagonistas”.

La revolución fue, así pues, concebida e impuesta por los comunistas, un grupo “exterior” al campesinado. Para arrastrar a los campesinos, los comunistas, tras varios fra-

casos, se dieron cuenta de la necesidad de convencer primero a los notables y líderes de las comunidades rurales, adversarios naturales de la transformación social que proponían. En palabras de Wen Tiejun, un patriarca de la investigación de la china rural, “la preservación de la autonomía de la elite rural permitió a los comunistas arraigar en el campo”. La victoria comunista, dice Bianco, “recibe la ayuda de los campesinos, pero eso no quiere decir que sea una revolución campesina”¹.

Con la revolución victoriosa, la mayoría de los campesinos se beneficiaron del gran bien que supuso el reparto de tierras. En la China central-meridional, donde el 40% de la tierra estaba en manos de terratenientes, su redistribución benefició al 60% de la población, de una u otra manera. Para muchos abrió, “nuevas posibilidades de supervivencia”, dice Spence. Cerca de un millón de terratenientes murieron en las violencias de aquel reparto².

El reparto fue un aspecto de una importancia verdaderamente “histórica”, pero ¿qué más? Con la excepción de esa reforma agraria de 1950, los campesinos sufrieron en silencio una política que no les gustaba. El nuevo régimen les utilizó para realizar la acumulación primitiva de capital necesaria a la industrialización y el desarrollo de la “base social” industrial del nuevo orden “socialista”. La relación con los campesinos fue tensa, pero la diferencia con el pasado era que el estado, por primera vez en la historia china, había llegado hasta el último pueblo y último rincón del país. Se metía en la vida cotidiana e incluso “expropiaba” autoridad al cabeza de familia, contribuyendo a una considerable transformación de la esfera patriarcal, particularmente importante para las mujeres, que se liberaron, con la nueva ley matrimonial, de gran parte de su ancestral postración. La lealtad y obediencia debida al régimen se hizo superior, y en parte disolvió, a la tradicional jerarquía familiar. El control, la disciplina, la capacidad de organización colectiva, alcanzaron niveles sin precedentes, que hicieron posible infinidad de obras públicas locales y afirmaron mínimos generales de subsistencia.

A partir de noviembre de 1953, se obligó a los campesinos a vender el 25% de su producción al estado a precio muy bajo, lo que permitió el abastecimiento de comida a las ciudades. Aquella medida fue preludio de la colectivización, primero con las cooperativas de producción de 1954 y luego, en 1958, con las comunas populares, el sistema mantenido hasta 1978. Emigrar a las ciudades, donde imperaba una vida mucho mejor, era como “escalar el cielo”, afirmaba el dicho de la época, pero a partir de 1955 se imponen estrictos frenos administrativos al flujo migratorio del campo a la ciudad que amenaza con anular todo el esfuerzo. El coste de construir y dar vivienda a los 2,5 millones de trabajadores y 5,5 millones de familiares que emigraron a las ciudades entre 1953 y 1957, equivalía a entre el 70% y el 80% de la inversión industrial de China en 1956. Así es como se establece el sistema de registro local (“hukou”) que ata al campesino a la tierra y le impide abandonar la comunidad. Si lo hace, le resulta imposible subsistir, acceder al

1. BIANCO, Lucien: *The Cambridge History of China*, vol. XIII, parte II. Ver también *Jacqueries et révolution dans la Chine du XXe siècle*, 2005. Conversación del autor con el Profesor Wen Tiejun (Pekín, diciembre 2005).

2. SPENCE, Jonathan: *The Search for Modern China*, 1990.

racionamiento y a las necesidades cotidianas más básicas. La lógica de ese sistema era que la revolución industrial de China, basada en la ciudad, solo podía realizarse sobre las espaldas de los campesinos. Así, se crea una sociedad de dos clases, compuesta por una minoría privilegiada urbana de alrededor del 17% y una mayoría rural explotada del 83%, ambas dominadas por la “estadocracia”, la clase administrativa dirigente propietaria del estado característica de los regímenes comunistas.

Políticamente, hasta 1955 hay una política de orden constructiva con reparto de tierra, gestión eficaz de las amenazas exteriores (guerra de Corea), un plan quinquenal que funciona, etc. En 1955, se realiza la colectivización forzada, dos años después la represión de intelectuales con el movimiento de las “cien flores”. A partir de otoño de 1957 se lanza el desastre del Gran Salto Adelante con entre 30 y 40 millones de muertos entre 1959 y 1961, por una mezcla de errores políticos y catástrofes naturales. Le sigue la “Revolución Cultural”, que es un intento de déspota en su otoño patriarcal por recuperar la autoridad perdida a causa de la evidencia de su fracaso anterior, mezclado con preocupaciones por el destino de la obra de su vida. De alguna forma, sostenida por la organización, la disciplina, el carácter férreo del régimen, y también por el entusiasmo, China sobrevive a lo que algunos designan como “veinte años perdidos”: 1955-1975.

La muerte del Caudillo, en septiembre de 1976, lo cambia todo. Hace posible un deshielo. La “derecha” del partido accede al poder e impone el ajuste de cuentas con los “izquierdistas” que habían impulsado la “Revolución Cultural”. Paralelamente, los campesinos comienzan a abandonar las comunas y a trabajar por su cuenta silenciosamente. Algunos dirigentes deciden llamar a la familia “grupo de trabajo”, lo que facilita la descolectivización. Una “descolectivización” que mantuvo el sistema de propiedad de la tierra y de su distribución en manos de la comunidad, en el que cada familia recibía, y recibe, más o menos tierra según el número de bocas que tiene que alimentar, y que transfiere a la familia únicamente el usufructo. Unido al alza de los precios agrícolas y a la reducción de la cuota obligatoria de venta de grano al estado, ese cambio estimula la productividad. Los resultados son convincentes: allí donde se practicaba el “baochan daohu”, el sistema familiar, los resultados mejoraban. El pragmatismo y la flexibilidad de los dirigentes dieron rienda suelta a la creatividad y al sentido común campesinos³.

El regreso al sistema familiar significó que el cabeza de familia volvió a ser el “dangjiaren”, el dueño de la casa, con posibilidades decisorias sobre qué y cómo cultivar, y donde y cuando vender. La retirada del estado de la vida cotidiana, tanto en el campo como en las ciudades, produjo una extraordinaria ampliación de la esfera personal y de las opciones autónomas. La nueva libertad dio lugar a una explosión comercial y una “edad de oro” para los campesinos: en cuatro años doblaron sus ingresos. Por primera vez, entre 1979 y 1988, el crecimiento de su consumo fue superior al de sus compatrio-

3. Autores como Kate Xiao Zhou –*How the farmers changed China*, 1996– ponen el acento en ese segundo aspecto. Se produjo, dicen, un; “movimiento espontáneo, desorganizado, sin dirigentes, no ideológico y apolítico”, que impulsó desde abajo la descolectivización, pero la propia descripción del fenómeno casi equivale a la negación del propio concepto de “movimiento”, e induce a pensar en lo decisivo de la actitud de los dirigentes.

tas urbanos. Tras tantos años de explotación a cargo del estado, de sacrificio, sosteniendo sobre sus espaldas la industrialización socialista y los privilegios de la China urbana, los campesinos reciben una recompensa. Por fin se afirman para ellos verdaderas expectativas de futuro: trabajando duro se puede prosperar.

Esta “primavera rural” comienza a eclipsarse hacia 1985. En los noventa, después de que el movimiento social de 1989, estrictamente urbano, obligue al gobierno a volver a mirar a las ciudades, y especialmente a los intelectuales, vuelve a ampliarse la brecha entre campo y ciudad. La descentralización general de la nueva apuesta de mercado, había debilitado el control del gobierno central sobre el poder local. La descentralización administrativa y fiscal, hizo posible la proliferación de impuestos a nivel local. Especialmente en las provincias agrarias del oeste, carentes de recursos industriales, los campesinos son la fuente de mantenimiento para la burocracia local⁴. Esa presión tributaria impide a los campesinos atender sanidad y educación, dos de las esferas que el estado abandonó por completo al abrazar la apertura de mercado. Además, cae drásticamente la financiación pública en el campo y los precarios recursos que antes eran competencia de la comunidad local se desmoronaron. En palabras de una investigadora:

“Después de que la tierra se distribuyera a las familias campesinas, los ingresos aumentaron, pero, por la ausencia de redes de protección social, de recursos públicos de bienestar social y de vida comunal en general, los campesinos han sido completamente atomizados y han regresado a un tipo de vida aislada y dispersa. Muchas instalaciones públicas, como las escuelas rurales, dispensarios, locales para la gente mayor, etc. están en ruinas. En algunos pueblos, ya no hay locales de reuniones, ni más espacios de encuentro que el mercado. Además de los efectos de la privatización de los dispensarios, se han abandonado las tradiciones de asistencia mutua, deteriorando las relaciones humanas. Por todas esas causas, la vida social en los pueblos no solo no ha mejorado, sino que está empeorando”⁵.

La emigración, que la nueva libertad de movimientos hace posible, fue el gran recurso compensatorio. Hay varios tipos de emigrantes. Los que se van a las ciudades cercanas a sus pueblos natales, los ocasionales, que van y vienen de su pueblo en periodos cortos, los cíclicos, que regresan cada año al pueblo para participar en los trabajos de la cosecha, los que regresan al pueblo con ahorros y montan un negocio allá o se retiran, y los permanentes, que se instalan en la ciudad para siempre y cuyo número es rela-

4. En China hay 2.700 departamentos, 40.000 distritos rurales (“xiang”) y 730.000 pueblos. De los 800 millones que viven en ellos, solo el 5,5% son funcionarios, sin embargo ese pequeño grupo consume el 42,7% de los 1,6 billones de Yuan que la agricultura produjo en 2002. Muchos departamentos rurales (de tierra, de conservación de aguas, de planificación familiar, de policía, comercio e industria, etc.) ni siquiera tienen presupuesto o es claramente insuficiente, a pesar de lo cual el número de funcionarios tiende a aumentar. La razón es que los gobiernos locales dan a esos departamentos el derecho de recaudar impuestos, sin que los campesinos tengan derecho a resistirse a esos impuestos arbitrarios que frecuentemente solo existen para alimentar a los funcionarios rurales. TIANYONG, Zhou: *Breaking Through the Obstacles to Development*, Cantón, 2005. 突破发展的体制性障碍] Guangzhou, 2005, 广东经济出版社).

5. Yang Tuang, vicedirectora del Centro de investigaciones de la política social de la Academia china de ciencias sociales. Entrevista con el autor (Pekín, diciembre 2005).

tivamente pequeño. En total, unos 200 millones⁶. Desde los años noventa, los giros y transferencias de los emigrantes a sus familias en el campo representan más de la mitad del incremento de las rentas rurales. Los especialistas estiman que la agricultura china no necesita más de 150 millones de trabajadores, cuando actualmente emplea a 330 millones. Tras un cuarto de siglo de neoliberalismo e influencias académicas occidentales frecuentemente mal digeridas, la inspiración para salir de esta crisis es clara; “la única salida es que los campesinos dejen sus tierras y se urbanicen para cambiar la China rural por una China urbana”, afirma un intelectual representativo de esta corriente. “Eso requiere una rápida reducción de su número hasta no más del 10% de la población total. ¿Es posible? Por supuesto. A finales de la segunda guerra mundial, la mitad de la mayoría de los países occidentales vivía en áreas rurales, pero en solo tres décadas su número se redujo a menos del 10%”, dice. “La emigración y la urbanización son vistas como las soluciones a la crisis rural”⁷.

Hasta los ochenta: industrialización sin urbanización

Hasta los años ochenta, China había ido a contracorriente del mundo en desarrollo en materia de urbanización. Como el resto del Tercer Mundo, su sociedad contenía todas las causas que dieron lugar a la general explosión urbanizadora; una alta densidad de población rural, una rápida disminución de la mortalidad, con consecuencias directas en la demografía, y una considerable diferencia de nivel de vida entre campo y ciudad. Sin embargo, China evitó las consecuencias de la explosión urbana. A partir de 1920, esas consecuencias fueron dramáticas en el Tercer Mundo, porque el flujo masivo de campesinos hacia las ciudades tuvo lugar *en ausencia de todo aquello que había presidido la urbanización en el mundo occidental-desarrollado en el siglo XIX*.

La urbanización del Tercer Mundo se hizo; sin desarrollo económico, sin industrialización, y sin progreso en la productividad agrícola. Entre 1920 y 1980 los niveles de urbanización superaron en el Tercer Mundo entre un 60% y un 70%, a los de crecimiento del PIB per cápita. En los ochenta, las tasas de paro urbano en el Tercer Mundo, incluyendo subempleo precario, fueron del 30% al 40%. Desde los años sesenta, los barrios de chabolas adquirieron grandes proporciones; el 35% / 40% de la población urbana del Tercer Mundo vivía en ellos en 1970, entre el 40% y el 45% en los ochenta. La conclusión de Paul Bairoch, un gran especialista en urbanización, era contundente en 1985:

6. FRIEDMANN, J.: *China's Urban Transition*, 2005.

7. El autor de la estimación de los campesinos excedentarios es Huang Ping, en “China's rural labor migrants under uneven development.”, *Social Sciences in China*, 4/2003. La Profesora Yang Tuan ofrece otras cifras, ligeramente diferentes; la fuerza de trabajo rural es de 500 millones, pero para atender las necesidades del mercado, bastaría con que fueran 100 millones, lo que significa que los 400 restantes no pueden ser empleados. De ellos, unos 130 millones trabajan en áreas urbanas, por lo que hay 270 millones superfluos (sin contar familias). La cita sobre la necesidad de una rápida urbanización es de Pan Wei Profesor de la Facultad de Relaciones Internacionales de la Universidad de Pekín, en *Social Sciences in China*, otoño 2005.

“Tal como se ha producido en el Tercer Mundo durante medio siglo, la urbanización no ha contribuido al desarrollo, la ciudad ha contribuido al subdesarrollo, es un serio obstáculo y la agricultura ofrece la única solución”⁸.

En ese mismo periodo, China realizó algo completamente diferente: una “industrialización sin urbanización”. La producción no agrícola, que en 1962 representaba el 52% del ingreso nacional, ascendió al 64% en 1978, *sin cambios en la proporción de población urbana*⁹. En esa estrategia fue, sin duda, determinante el carácter férreo del régimen, su capacidad organizativa y movilizadora, y la presencia de instrumentos administrativos que ataban a la gente a su lugar de residencia de por vida como el “hukou”, un recurso mucho menos extraordinario de lo que se piensa si se observa, por ejemplo, la práctica de los europeos en África¹⁰.

En cualquier caso, la apertura de mercado, a partir de 1978, significó un cambio radical en la estrategia china de desarrollo, que ha dado lugar al mayor proceso de urbanización de la historia. Eso es lo más importante que está ocurriendo en China hoy y es paradigma de un proceso mundial.

Por primera vez en la historia de la humanidad, en el siglo XXI los habitantes de las ciudades serán mayoría en el planeta, y China está en el centro de esa gran transformación. En los últimos veinte años, 200 millones de chinos han dejado de ser rurales para convertirse en urbanos. Los planes oficiales para el 2020 prevén que entre 300 y 400 millones de campesinos más, dejen de serlo. Como cada habitante urbano chino consume 3,5 veces más energía que su compatriota campesino, el problema de la sostenibilidad –que, naturalmente, no es un problema chino, sino global– se plantea con toda su crudeza... China está en el centro de todo eso¹¹.

8. La cita y las cifras son de Paul Bairoch, *Cities and Economic Development*, 1985.

9. FRIEDMANN J.: *China's Urban transition*, 2005.

10. En las ciudades coloniales británicas de África del sur y del este, la población nativa tenía prohibido poseer suelo urbano o residir permanentemente en él. Hasta 1954 los africanos fueron considerados “residentes temporales” en determinadas zonas de Nairobi en las que no podían tener propiedad. En Dar-es-Salaam solo se les permitía residir como mano de obra temporal y en Rhodesia/Zimbawe, los nativos no pudieron tener residencias urbanas en propiedad hasta la misma víspera de la independencia. El Apartheid llevó esta práctica hasta el máximo nivel; entre 1950 y 1990, la prohibición de residir en ciudades mantuvo la tasa de urbanización prácticamente inamovible. Mike Davis en *Planet of Slums*, 2006.

11. En 1900, 150 millones de personas vivían en ciudades, para el año 2000 esa cifra se había multiplicado por 19; 2900 millones, y se espera que en 2007 los urbanitas sean mayoría en el mundo. El gran crecimiento urbano del siglo XX fue posible gracias al petróleo barato, base de una enorme movilidad, pero la mayoría de las ciudades son lugares poco saludables para vivir. Requieren enormes concentraciones de recursos, de agua, alimentos y energía que la naturaleza raras veces puede brindar. La concentración de esos recursos y su ulterior dispersión, en forma de basura, aguas residuales y contaminación, crea problemas de difícil solución. Ver BROWN, Lester: *Plan B; Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble*, 2006.

¿En qué consiste el “milagro chino”?

Para situar los términos de la actual crisis rural, es necesario responder primero a la pregunta, ¿en qué consiste el “milagro chino”? La respuesta habitual define ese “milagro” como un asunto de los últimos 25 años. Lo reduce al periodo post Mao en el que las autoridades chinas optaron por el capitalismo y lograron un gran crecimiento sostenido. En realidad el “milagro” comenzó con la Revolución China. No es un milagro de 25, sino de 57 años, que combina una fase comunista y otra capitalista, y que incluye desastres tan evidentes como; los del Gran Salto Delante, la Revolución Cultural, y la enorme degradación medioambiental cuya exacerbación estamos presenciando ahora.

Para los chinos, después de sumarlo y restarlo todo, la revolución fue, ante todo, el inicio de la restauración de la paz, la unidad nacional y el orden. También el renacimiento de una gran nación milenaria que había estado postrada más de un siglo a los extranjeros. Cuando Mao murió, había, por primera vez en la historia para una gran parte de los chinos, suficiente comida, vestido y techo, acceso a educación básica y asistencia médica rudimentaria. Mejoró la condición de la mujer de forma radical, se acabó con el juego, el opio y la prostitución. El crecimiento económico medio anual fue del 6%, se construyeron diques, ferrocarriles, industrias, hospitales, escuelas, la población se dobló en treinta años. Pese a todos los sufrimientos y barbaridades del maosismo, al pueblo chino le fue mejor, en parámetros como consumo medio de alimentos, mortalidad y esperanza media de vida, que a la inmensa mayoría de países del Tercer Mundo. China entró en la ONU y en su Consejo de Seguridad, siendo reconocida como un gran factor internacional.

Sin la Revolución de 1949 y la estatalización económica de los cincuenta, Deng Xiaoping no habría podido realizar su propio “gran salto adelante”, aprovechando con inteligencia determinadas posibilidades de la globalización. Por eso, cuando hablan de su actual renacer nacional, los chinos no comienzan la cuenta en 1978, sino en 1949, hablan de, “los esfuerzos continuados de varias generaciones de chinos” y ponen a Deng Xiaoping en una serie iniciada por Mao y Sun Yatsen.

Así pues, situados en esa perspectiva más amplia de 57 años, ¿Cuál es el verdadero “milagro chino”? La respuesta es: *la resolución del problema “mucha gente/poca tierra”* (“ren duo – tian shao”). Es decir, un dilema básico de recursos. Ese problema es el principal quebradero de cabeza del proyecto chino desde la Revolución.

- “Mucha gente” quiere decir lo siguiente:
 - Hoy tienen 1300 millones de habitantes. Para el 2020 China tendrá unos 1.520 millones.
 - No se llegará a la estabilización demográfica hasta el 2043, con el tope de 1.550 millones de habitantes, es decir: rozando el límite de 1600 millones que es lo que los expertos chinos dicen que el país puede sostener.
 - Si se cumplen los actuales planes de urbanización, en el 2020 tendremos otros 300 o 400 millones más de campesinos urbanizados, pero seguiremos teniendo

800 millones de chinos rurales, la misma cifra que hoy. Aunque su proporción se haya reducido del actual 67% a un 53% del total, esa masa humana seguirá allá¹².

- “Poca tierra”, significa lo siguiente:
 - Con solo el 6% de la tierra cultivable del mundo, China da de comer al 22% de la población mundial.
 - La proporción de tierra cultivable per cápita es ridícula, 1,4 mu (0,093 hectáreas, 0,5 hectáreas por explotación), es decir menos del 40% de la media mundial, dieciocho veces menos que la media canadiense, diez veces menos que la rusa, ocho menos que Estados Unidos y la mitad que India.

Aunque China es un país grande, si se traza una diagonal desde la provincia de Heilongjiang, en el norte, hasta la de Yunnan, en el sur, todo lo que queda al oeste, más de la mitad del país, son zonas desérticas, de alta meseta o montañas, apenas útiles al cultivo. Al este de esa diagonal, las condiciones son mejores, pero hay muchas montañas. La calidad de la tierra cultivable es baja; solo el 28% se considera “muy productiva”. Y a diferencia de India, que tiene un sistema hidrográfico mucho más equilibrado, China sufre un enorme desequilibrio; en el norte, el 46% de la población dispone de menos del 15% de los recursos hidrográficos, mientras que en el sur, el 53% dispone de más del 80% de los recursos. Los recursos hídricos per cápita son del 27% de la media mundial¹³.

La mitad de los campesinos chinos cultivan más para comer que para comercializar porque apenas les sobra nada. Solo el 30% puede comercializar más del 30% de su producción total. El 70% restante solo es capaz de producir un pequeño excedente. Es decir: varios centenares de millones de chinos dependen vitalmente (en el sentido más literal) de la tierra.

Este delicado milagro se ha mantenido durante los 57 años, con diversas fórmulas. Todas esas fórmulas han tenido en común dos cosas que no han cambiado independiente de comunismo o capitalismo; la consideración de que la tierra no es instrumento de producción, sino de supervivencia, y que su escasez se compensa mediante la igualdad y proporcionalidad del reparto. En su última versión la fórmula ha consistido en el ya mencionado genuino sistema que distingue entre derecho de usufructo (familiar) y propiedad (colectiva), en el que la colectividad da la tierra a las familias según el número de bocas de cada una de ellas. Si se rompe ese equilibrio, aparecen la miseria y la inestabilidad.

Históricamente ese equilibrio se logró a un precio enorme. Costó tres guerras, una revolución y mucha violencia con millones de muertos, pero su resultado ha manteni-

12. Cifras y proyecciones del China Population and Development Research Center de Pekín (CP-DRC), de su revista, *China Population Today*, Abril/Octubre 2004. También de la entrevista del autor con el Profesor Xie Zhenming, vicedirector de dicho centro, Pekín, diciembre 2004.

13. Las cifras sobre superficie y calidad de la tierra, del informe del Ministerio de Tierra y Recursos divulgado en marzo de 2006 por la Asamblea Nacional Popular.

do durante más de medio siglo la “ventaja comparativa” de China con otros grandes países en desarrollo.

Si de Brasil se dice que es, “un país muy rico en el que solo se ven pobres”, en China puede decirse que, “es un país pobre en el que se ven relativamente pocos pobres”. En México la población rural pobre se estima en un 34%, en India un 36%, en China los pobres de ese tipo son muy pocos. Es verdad que hay 400 millones de personas (más del 30% de la población) viviendo con menos de dos dólares diarios, sin embargo, hasta ahora la cuestión rural en China está mejor que en la mayoría de los grandes países en desarrollo, pese a que sus condiciones objetivas, como hemos visto, sean más difíciles. Y no hay “favelas”, ni caóticas megápolis de estilo indio. Ese es el milagro. *Y el problema es que la urbanización y la actual estrategia de desarrollo en general, lo están comprometiendo.*

La urbanización hace que esa poca tierra se convierta en menos: la ampliación de las ciudades, la construcción de otras nuevas, las infraestructuras, cuyo avance es frenético (41.000 kilómetros de autopistas en los últimos 16 años, otros 24.000 en los próximos cinco)... restan anualmente a la agricultura enormes cantidades de tierra: 8 millones de hectáreas en la pasada década con más de 30 millones de campesinos afectados.

Esa tierra restada a la agricultura es expropiada a gente que la necesita para comer y que frecuentemente no puede ser absorbida por el mercado laboral industrial/urbano. Según una encuesta realizada en tres áreas del país, una tercera parte de los expropiados no encuentran trabajo, lo que resulta en una “marginalización de su identidad social pues al quedarse sin tierra y no tener trabajo dejan de ser campesinos sin ser urbanos”. Gente que ve cómo el dinero de las indemnizaciones se lo quedan los funcionarios y sus parientes nuevos ricos.

Un extraordinario informe divulgado el 2005 ofrece los números de la expropiación. La tierra agrícola perdida “desde el inicio de la reforma” es 6,6 millones de hectáreas, dice. La estimación del importe de las indemnizaciones a precios de mercado durante todo ese periodo ascendería a medio billón de euros, de los que los afectados solo recibieron el 10%. El resto, 450.000 millones de euros, fue a parar a los bolsillos de promotores, empresarios y funcionarios –estos últimos muchas veces emparentados con los anteriores– que se han enriquecido en el proceso.

Ese ha sido el contexto de la creciente protesta social. En diez años, las protestas tumultuosas implicando a más de 15 personas, se han multiplicado por ocho. Cada año son más (87.000 casos en 2005, un 6% más que en el 2004), implicando a millones en tumultos cada vez más políticos. Más del 65% de estos “incidentes de masas” ocurridos en las zonas rurales están vinculados con las estafas ligadas a las expropiaciones. Dicho esto, hay que entender que el aumento de las protestas no refleja el empeoramiento de la situación de los campesinos, sino algo más complejo. Naturalmente, la política descrita no les gusta, pero, “les desfavorece mucho menos que las de la época maoísta”. Lo que la protesta creciente refleja no es sino, “el aumento de la posibilidad de protestar sin correr riesgos extremos”. Por otro lado, a diferencia de la época maoísta, cuando estaban adscritos a la tierra, ahora los campesinos emigrantes están mejor informados, observan en directo el contraste de la vida campesina con la ciudad, y sufren la discriminación en las ciudades. La fase de bienestar rural ha abierto expecta-

tivas de prosperidad y mejora, antes inexistentes, que se ven frustradas con las estafas en indemnizaciones, abusos con los impuestos, e injusticias contra las que antes nada podía hacerse. En resumen, “las nuevas posibilidades abiertas por la reforma han suscitado, por sí mismas, motivos de protesta, discusión y tumulto”¹⁴.

Sumándolo todo, puede decirse que la explotación de los campesinos, ahora robándoles su tierra o con los crónicos impagos y estafas que el ejército emigrante ocupado en las ciudades soporta, ha continuado siendo un factor principal en la “acumulación originaria” de capital. Que ha contribuido a la transformación de poder administrativo en propiedad realizada durante la reforma de mercado. Que gran parte del engorde de la nueva minoría de nuevos ricos urbanos, se sostiene sobre las espaldas de los campesinos. Y que la condición de estos, siendo mucho más “libre” que en la época maoísta, empeora por múltiples factores, casi todos ellos desprendidos de la estrategia de urbanización/industrialización.

La gran receta en cuestión

El recetario occidental de mercado dice que la agricultura china no es rentable (porque el 47% de la población laboral ocupada en el sector primario, solo genera el 15% del PIB) y que hay que privatizar y rentabilizar. La receta desarrollista occidental ignora que esa escasa “productividad” ha “*producido*” la estabilidad general del país durante medio siglo. Ignora que en el sistema de competitividad global y privatización, las explotaciones grandes, si quieren ampliarse para ser competitivas, deben destruir las pequeñas. En América Latina y en Estados Unidos, los pequeños agricultores se han arruinado en esa carrera. Y en China no hay agricultor que no sea pequeño.

El postulado central de esa receta sobre el campesinado afirma su progresiva extinción: un país desarrollado no tiene más de un 5% de campesinos en su población activa. Es desarrollado, precisamente, porque ha logrado urbanizar a toda esa masa, dejando en el campo a una minoría a cargo de una agricultura que se ha hecho superproductiva.

Pero en China, y en el mundo, donde más de la mitad de la población es rural, ésta receta no funciona. La mitad de la población mundial practica y depende de la agri-

14. La cifra de 8 millones de hectáreas restadas a la agricultura en diez años es del director del Grupo Central de Trabajo Rural del gobierno, Chen Xiwen, en Xinhua, 6 de julio 2006. La encuesta sobre expropiados; Lou Peimin, “When Farmers lose their Land. A case study in Pudong new area in Shanghai, Wenzhou in Zhejiang province and Guangyuan in Sichuan Province”, *China Economist*, Mayo, 2006. La estimación del robo practicado con las expropiaciones es del libro de Zhou Tianyong, vicedirector de investigaciones de la Escuela Superior del Partido, adjunta al comité central (Zhou Tianyong; Breaking Trough the Obstacles to Development. Guangzhou, 2005. 突破发展的体制性障碍] Guangzhou, 2005, 广东经济出版社). Sobre ese informe, ver Rafael Poch-de-Feliu, “El robo del siglo”, en *La Vanguardia*, 22/02/2006, www.lavanguardia.es/pekin. La estadística de “incidentes de masas” es oficial, aunque algunos expertos estiman que en realidad se queda corta. Las consideraciones sobre el carácter de la protesta social en aumento, en Bianco, 2005.

cultura campesina. En China un poco más (recordémoslo; el 67%; 800 millones sobre 1200 millones en el año 2000). Es imposible urbanizar a toda esa masa sin romper el “milagro” de medio siglo. Si ese excedente se ve forzado a emigrar a las ciudades solo podrá convertirse en población marginal establecida en suburbios, como es el caso de las grandes ciudades de África, América Latina o India, y de Manila y Yakarta en Asia sudoriental.

En los ochenta y noventa, China fue el único país del mundo en desarrollo que logró llevar a cabo un gran programa de construcción de viviendas. La estrategia de urbanización fue múltiple; ampliar las ciudades grandes, desarrollar las medianas y las pequeñas y crear ciudades nuevas. A pesar de todo, no fue suficiente para albergar a todos los emigrantes y en los últimos años han aparecido los primeros síntomas de la típica “urbanización enferma” general, a la que, decíamos, China había logrado escapar en la primera fase de su desarrollo.

Mientras tanto, desde la concluyente afirmación de Bairoch en 1985, la urbanización en el Tercer Mundo ha ido a mucho peor. Hoy, “no hay nada del dolor que narraron Dickens, Zola o Gorki, que no exista en las ciudades del Tercer Mundo”. Desde el trabajo infantil hasta el tráfico de mujeres y niños, la prostitución y la venta de órganos para trasplantes, todo está ahí, a la vista de quien lo quiera ver. La masa estigmatizada como redundante aumenta año tras año, como un pesado fardo que no puede ser asumido, ni hoy ni en el futuro, por la economía global. El mundo de los barrios de chabolas, “un mundo humano feo, mayormente aislado de las solidaridades de subsistencia del campo e igualmente desconectado de la vida política y cultural de la ciudad tradicional”, crece como una mancha de aceite. Según estudios de la ONU, en 2001 había 921 millones de personas viviendo en esos barrios, en 2005 son más de 1000 millones, es decir uno de cada tres habitantes urbanos del planeta. Son el 6% de la población en los países desarrollados, pero el 78% en los países en desarrollo (el 99% de la población de Etiopía y Chad, el 98% en Afganistán, 92% en Nepal). Bombay tiene de 10 a 12 millones de habitantes en esos barrios, México y Dhaka entre 9 y 10, Lagos, El Cairo, Karachi, Kinshasa, Sao Paulo y Delhi, de 6 a 8 millones. La población global en chabolas aumenta un 2,2% anual, 25 millones de personas más al año, sobre todo en África. Para el 2030 o 2040, quizá serán 2000 millones. Para entonces, “la pobreza urbana implicará a entre el 45 y el 50% de la población total residente en ciudades”. Esta metamorfosis, “es la crisis real del capitalismo”, concluye un autor con la misma contundencia de Bairoch hace un cuarto de siglo¹⁵.

Si, como decía Bairoch en 1985, la urbanización es el obstáculo al desarrollo y la agricultura la solución, es importante comprender lo que la receta capitalista-crematística de desarrollo ofrece como estrategia agraria complementaria a la urbanización: una agricultura superproductiva que emplea a menos del 5% de la población activa.

15. Para el estudio de la ONU, *Informe sobre el estado de las ciudades del mundo 2006/2007*. ONU-Habitat. También, LÓPEZ MORENO, Eduardo: *Slums of the World: The Face of Urban Poverty in the New Millennium*, Nairobi, 2003. Todos los entrecomillados, Davis *Planet of Slums*, 2006. El autor mencionado es Jan Brenan, en *The Labourer Poor*, citado por Davis.

Recordemos que esa agricultura, que funciona en Europa, América del Norte y zonas de América del Sur, se logra a base de enormes inputs energéticos no renovables que representan, como mínimo, el 15% de toda la energía consumida en los países desarrollados. Y que, tanto a nivel chino como a nivel mundial, no hay recursos energéticos para alimentarla. Incluso si los hubiera, ¿qué habría que hacer con los centenares de millones de campesinos “superfluos” que fluyen hacia las ciudades en las que no hay puestos de trabajo para ellos?¹⁶.

Históricamente, Occidente solucionó el problema haciendo dos cosas; 1. Acaparando el grueso de los recursos energéticos globales (el tren de vida de los países centrales en los que vive el 15% de la población mundial reposa sobre eso) y, 2. Transfiriendo sus excedentes demográficos al “nuevo mundo”. Ese esquema no sirve ni para China ni para el mundo en desarrollo en general (o sea; no sirve para el 75% de la población mundial), porque no hay ninguna de las dos cosas; ni hay recursos para que todos vivan como nosotros, ni hay “nuevos mundos” donde mandar a los centenares de millones de campesinos superfluos.

¿Qué pasará cuando el petróleo desaparezca? Como dice Lester Brown, “nadie sabe cuando ocurrirá exactamente, pero la producción mundial alcanzara su máximo y comenzará a descender en un futuro no muy lejano. Lo que más asombra no es ese descenso que está por venir, sino la casi completa ausencia universal de preparación para ello”¹⁷.

Una solución es la violencia a gran escala, el genocidio de los superfluos y la guerra, la forma clásica en la que los hombres han solucionado históricamente sus problemas de mucha gente/escasos recursos, pero no parece que los chinos vayan a aceptarla. Además, en el mundo moderno, con su nueva capacidad técnica de socializar las armas de destrucción masiva, se han acabado las guerras coloniales fáciles de fusiles contra lanzas. Guerras fáciles como las de Irak o Yugoslavia, no pueden hacernos perder de vista la creciente posibilidad y simpleza técnica de respuestas de destrucción masiva a cargo de los vencidos, los desesperados o los criminales, el ignorado mensaje profundo del 11-S neoyorkino. Un mundo futuro basado en el desarrollo desigual y con una enorme masa de desheredados, es más peligroso para los privilegiados que sus equivalentes coloniales del pasado.

Una vez definidos los términos de la crisis es necesario hacer una breve digresión sobre el “comunismo chino”.

16. La ampliación de un subproletariado urbano, pobre, precario o desempleado, en las ciudades chinas, forma parte de los síntomas de “urbanización enferma” antes referidos. La cifra oficial de pobres urbanos en China era del 6% al 8% de la población de las ciudades en 2004. Fundamentalmente son trabajadores despedidos de empresas estatales, habitantes de ciudades cuya industria tradicional ha cesado, jubilados que viven de pensiones exiguas y trabajadores rurales emigrados. En JIANGHU, Feng: “El nuevo subproletariado urbano en China”, *Beijing Review*, 12/2006.

17. Ver HOPE CUMMINGS, Claire: “Ripe for Change: Agriculture’s Tipping Point”, *World Watch*, Jul/Ag 2006. Brown, Lester: *Plan B; Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble*, 2006.

Una definición simple de “comunismo chino”

Una de las preguntas más comprensibles que se hace la gente cuando viene a China y ve; el capitalismo neoliberal desatado que hay, la voracidad del consumismo urbano, la explotación en las fábricas y el darwinismo social en asuntos como educación y sanidad, es, “¿qué tiene que ver esto con el socialismo?”. La respuesta más simple que podemos ofrecer es recordar que el régimen define su sistema como “socialismo con características chinas” y que en un país con tanto pasado esa apostilla contiene el grueso del concepto. Podemos añadir el consejo de no sobreestimar los decorados ideológicos y concentrarse en la esencia. Y la esencia es que en los años 20 y 30 del pasado siglo, los chinos “compraron” el socialismo por las mismas razones por las que “compraron” el capitalismo en los ochenta: porque era lo más eficaz y exitoso que había en el mercado de las recetas de modernización.

Ahora ya casi lo hemos olvidado pero en los años 30, la URSS salía prácticamente indemne de la crisis del 29 que asoló los Estados Unidos y otras potencias occidentales, y lograba crecimientos y avances muy notables. Hay documentos del Departamento de Estado norteamericano de aquella época en los se habla de las economías de planificación central, dando por supuesto su superioridad¹⁸. Así que los chinos compraron lo más moderno que había en la tienda en aquellos momentos.

El “comunismo” era un producto que cada cual cocinaba a su manera y todos sabemos que la cocina china tiene bastante personalidad. Para nosotros es una cocina desconcertante, no solo por la manera de prepararla, por sus sabores y olores, sino por la forma en que se sirve y se come (hasta el instrumento para llevársela a la boca es diferente), por sus prioridades (no se acaba con fruta, sino con una sopa de fideos) y por su “filosofía interna” (todas esas historias con el “ying” y el “yang”, lo caliente y lo frío, etc., etc.). El comunismo chino no tuvo relación directa con Marx, con Europa, sino que llegó traducido del ruso, procedente de Stalin, alguien más cercano a Iván el Terrible que a los socialistas europeos. Así que, siguiendo con la analogía culinaria, podríamos decir, que lo de Mao, fue el “refrito de un refrito”.

Mao fue, al mismo tiempo, un hombre de estado chino, un revolucionario y un gran burócrata, pero también un visionario voluntarista. Decía que los hombres podían mover montañas y “tomar el cielo por asalto”. Era consciente de la enorme fuerza inercial de la milenaria tradición china y pretendía vencerla mediante una lucha que debía renovarse periódicamente para evitar el regreso inexorable a las debilidades y degeneraciones tradicionales. Decía que el PC debería luchar por su supervivencia cada siete u ocho años. De ahí su “Gran Salto Adelante” de los cincuenta, y diez años después, su “Revolución Cultural”, las dos catástrofes que empañan su legado histórico. Pero Mao no era un chino típico. Los gobernantes chinos típicos se parecen más a gente como Zhou Enlai, Liu Shaoqi o Deng Xiaoping; realistas, pragmáticos y mode-

.....
 18. Ver, por ejemplo, las consideraciones del director de la Cia, John Foster Dulles sobre el superior crecimiento de la economía soviética a C.D. Jackson, en BRANDS, H.W.: *The Devil we Knew. Americans and the Cold War*, 1993, p. 70.

rados. En los setenta, toda aquella evidencia de eficacia del comunismo se acabó y ese tipo de gente optó por el capitalismo.

Para nosotros, que observamos el mundo desde el Paseo de Gracia de Barcelona o la Castellana de Madrid, capitalismo y comunismo son como la noche y el día, pero desde el punto de vista de un país en desarrollo, obsesionado por salir del agujero de la miseria y el retraso, esos dos sistemas están unidos por la misma lógica de modernización. En el supermercado de los años ochenta lo que el vendedor decía que funcionaba (y lo que la experiencia sugería observando, tanto a los “tigres asiáticos” del entorno de China, como la decrepitud de Europa del Este) era el capitalismo, así que los chinos lo compraron, sin ninguna ruptura interior, porque su impulso, ansia y objetivo en los ochenta, seguía siendo el mismo que el de los años treinta y cuarenta, y el mismo que el actual: *construir un país fuerte y próspero*. Llegamos así a una definición simple de “comunismo chino”.

Tras la Revolución de Octubre, Lenin definió el comunismo ruso con una fórmula tan curiosa como, “el poder de los soviets, más la electrificación de todo el país”. Ahora podríamos decir algo aun más exótico; “*el comunismo chino es construir una China fuerte y próspera más el Da Tong*”. El “Da Tong”, traducido como “gran armonía” o “gran unidad”, es el ideal confucioniano de la cohesión social derivada de una economía próspera y una sociedad estable. Sin duda, dentro de esa definición de “comunismo chino” cabe todo. Todo... siempre que contribuya a los objetivos de fortaleza prosperidad y armonía-estabilidad¹⁹.

Recapitulación

Así que esta crisis pone en relación todo lo que aquí hemos ido enumerando como esencial: lo que hemos quedado era *lo más importante que está ocurriendo* hoy en ese país (la urbanización/industrialización en clave occidental), pone en peligro *el milagro* sostenido desde hace 57 años (el frágil equilibrio “muchas gente/poca tierra”), lo que, a su vez, compromete lo que hemos definido como verdadera esencia del *comunismo chino* (un país fuerte y próspero más el Da tong). De todo eso, podemos, razonablemente, deducir que vamos a presenciar *una nueva búsqueda de recetas*, como la de Mao en los años 20 o Deng en los setenta.

En el mundo académico chino ya hay una escuela que trabaja y reflexiona en esa dirección, por más que su influencia está lejos de ser decisiva.

“Nadie en el mundo puede resolver el problema de la protección medioambiental para 900 millones de campesinos, por eso necesitamos revitalizar nuestra civilización agraria con sus milenios de historia, y aliviar la suerte de los campesinos mediante

19. “En la segunda mitad del siglo XX concluimos un periodo de acumulación originaria para la industrialización, a cargo del estado. Algunos expertos extranjeros nos designan por ello como un ‘país comunista’ o ‘socialista’, pero nosotros respondemos, ‘no somos ningún país-ismo’, estamos en China, somos el País del Centro”, dice el Profesor Wen Tiejun. En conversación con el autor.

la rehabilitación de la cultura comunal de grupo”. “El concepto de cultura ecológica contiene mucho de lo que está incluido en nuestra tradición taoísta y confucioniana. ¿Donde se originó esa tradición?; en una sociedad de pequeños agricultores con miles de años de historia. Por eso estoy ahora ocupándome de desarrollo rural y protección medioambiental, como un asunto derivado de nuestra historia”, dice el Profesor Wen Tiejun.

En el ámbito institucional, desde 2002, se asiste a un cambio considerable en la estrategia del Partido Comunista. El discurso oficial está comenzando a introducir enmiendas a la estrategia de desarrollo. En 2002 fue el concepto de creación de una “sociedad modestamente acomodada” que sugería preocupación ante la polarización social. Dos años después, en 2004, se introdujo el concepto de “desarrollo científico”, que sugiere que el desarrollo/crecimiento puede no ser “científico” y estar mal concebido. En 2005 se acuñó el proyecto de construir una “sociedad armoniosa”, que abunda en todo lo anterior, y en el 2006 se declara como primera prioridad del XI Plan Quinquenal 2006-2010, la “Construcción de un nuevo agro socialista”, un programa de subvenciones, inversiones y ayudas al abandonado sector agrario. En su formulación, estas enmiendas no tienen que ver directamente con el tipo de argumentos y datos expuestos en estas páginas, sino que, naturalmente, son fruto de una percepción mucho más tecnocrática y administrativa de la realidad. Pero en esa percepción, la crisis rural es el factor decisivo, porque con un desarrollo rural estancado y sin perspectiva, no crece el mercado interno y China depende, cada vez más, de la demanda externa, que no puede sostener al país mucho tiempo sin exponerle a serios riesgos²⁰.

Independientemente de cual sea el alcance de esas enmiendas, tanto los términos generales de la crisis como la forma tradicional de gobierno china, empujan hacia un replanteamiento general. Insisto: los campesinos son la mayoría de la población del país, y lo seguirán siendo dentro de 20 o 30 años, su futuro no tiene solución dentro de la actual estrategia de desarrollo, porque la presente industrialización/urbanización no es capaz de absorber a la gran masa rural china de una forma semejante a la practicada en Occidente en el pasado, sin crear problemas y desequilibrios aun mas críticos que los que pretende solucionar. Así que los chinos deberán volver a mirar qué hay en la tienda, como hizo Mao en los 20 y Deng en los setenta. Pero la impresión es que esta vez no hay gran cosa en los estantes. De ahí algunas preguntas:

- ¿Cuál es la receta, el nuevo paradigma socio-económico, la ideología, más moderna hoy?, ¿la que más se adapta a las necesidades y preguntas existenciales de la humanidad en un mundo con mucha gente y recursos energéticos agotables?
- ¿Dónde está el “plano” de ese sistema económico del futuro dotado de una racionalidad y una moral superiores, colectivista pero no dictatorial, mucho más pobre para los actuales ricos, pero más seguro a nivel global, responsable, ecológico

20. Para los límites de la “fábrica global” exportadora china, su debilidad en la globalización y la creciente dependencia de las multinacionales, ver POCH-DE-FELIU, Rafael: “Por qué China no es un dragón” y “China en la globalización: más dependencia y menos entusiasmos”, en *Diario de Pekín*, www.lavanguardia.es/pekin.

y sostenible, capaz de realizar el “Da tong” la armonía universal confucioniana...? De momento solo tenemos una situación que empuja. La propia presión de la necesidad. Con su crítica relación entre población y recursos, China está ahí, en el primer puesto de la situación, pero detrás estamos todos. Como dice un investigador chino, “si China puede realizar su propio desarrollo sostenible, ningún país del mundo podrá decir que no es capaz de lo mismo”²¹. Por eso, el debate sobre el mundo rural en China es crucial para el mundo de mañana.

.....
21. WENYUAN, Niu: del Instituto de Política y Administración de la Academia de Ciencias China, en “Sustainable Development Strategy: An Inevitable Option for China in the 21st. Century”, *Foro Siglo XXI*, Pekín septiembre 2005.